ORDENACIÓN SACERDOTAL (13 junio 2015)

Queridos hermanos: Demos gracias a Dios y gocemos con la Iglesia en este día en que El actúa en medios de nosotros, su misericordia en favor nuestro 'se manifiesta inmensa con el don con que hoy enriquece a su Iglesia: la ordenación de diez nuevos sacerdotes. Hoy se manifiesta la misericordia del Señor especialmente grande en favor de los hombres con esta nueva ordenación sacerdotal.

Jesucristo, por pura gracia, por el don de su Espíritu, ha querido que participáramos de su único sacerdocio. Por la imposición de las manos y la unción del Espíritu Santo, vais a ser constituidos, vais a ser sacerdotes. El sacerdocio que por este sacramento somos, tiene su origen, vive, actúa y da frutos del sacrificio que Cristo ofrece al Padre y que se actualiza para siempre en el sacrificio eucarístico para el que somos, siendo con Cristo, sacerdotes y víctimas. Nuestro ministerio sacerdotal, así, afecta al ámbito del 'ser', le facul ta al presbítero para actuar in persona Christi y culmina en el momento en que consagra el pan y el vino, repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena.

Por medio de los sacerdotes, alter Christus, Cristo está, sacerdote y víctima, presente en nuestro mundo contemporáneo, vive entre nosotros y ofrece al Padre el sacrificio redentor por todos los hombres y los incorpora a su ofrenda al Padre y a su obra salvadora. Ante esta realidad extraordinaria permanecemos atónitos y aturdidos: ¡Con cuánta condescendencia humilde Dios ha querido unirse a los hombres,! Si nos conmovemos contemplando la encarnación del Verbo, en que se despoja de su rango, y se rebaja obedeciendo hasta la muerte de cruz, ¿qué podemos sentir ante el altar, donde Cristo hace presente en el tiempo su Sacrificio mediante las pobres manos del sacerdote? No queda sino arrodillarse y adorar en silencio este gran misterio de la fe, no sólo de la Eucaristía, sino del sacerdocio que somos.

Nuestro ser sacerdotes es inseparable del sacrificio de Cristo y queda configurado por el sacrificio que Cristo ofrece al Padre en oblación por nuestros pecados y los de todos los hombres, para la redención y salvación de la humanidad y del mundo entero. En la ordenación sacerdotal, al tiempo que se nos entrega el cáliz y la patena, se nos dice: " Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la Cruz del Señor"."Imita lo que conmemoras". Por eso toda nuestra vida no debiera ser sino una prolongación del sacrificio eucarístico, de Cristo Sacerdote y víctima: nuestros gestos, nuestras palabras, nuestras actitudes, todo debiera expresar ese cumplir la voluntad del Padre y ese don inseparable de la Vida y del Amor en favor de los hombres que renueva la ofrenda de Cristo, su amor hasta el extremo a los hombres, a los que llama "suyos y sus amigos".

El ministerio sacerdotal, que actualiza permanentemente el Sacrificio de Cristo, debería ser vivido con ese mismo espíritu de oblación, de entrega, de sacrificio personal. En definitiva con las mismas actitudes y sentimientos de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote: "A imagen del Buen Pastor", con el que, en virtud de la imposición de las manos y la unción, somos configurados sacramentalmente. "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad". "Amó a la Iglesia y se entregó por ella". "Los amó hasta el extremo".

|  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- |
| Todo | en nosotros, | queridos | hermanos que vais a | ser |
| ordenados | sacerdotes, o | que sois | ya sacerdotes, debiera | ser |

expresión de esa "ofrenda, oblación y obediencia" al Padre y de esa "caridad pastoral" que llega al don de la vida, del "cuerpo" y de la "sangre". La caridad pastoral, que nos identifica como sacerdotes, presencia sacramental de Cristo Buen Pastor, fluye, sobre todo, del sacrificio de Cristo, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que nos habremos de esforzar, con el auxilio imprescindible del Espíritu, en reproducir en nosotros mismos lo que se hace en el ara sacrificial. No es un aspecto de la vida sacerdotal junto a otros, sino el vínculo que expresa de modo eminente nuestra vinculación con Cristo y el significado de toda nuestra vida sacerdotal y nuestra relación con los fieles.

A partir de aquí la vida del sacerdote no puede ser otra que la de Cristo. No podemos contentarnos con una vida mediocre. Más aún, no cabe una vida sacerdotal mediocre. Nunca debería caber y menos en los momentos actuales en que es tan necesario mostrar la identidad de lo que somos y *así* dar razón de la esperanza que nos anima. "No podemos contentarnos con menos que con ser santos". El sacerdote tiene que ser como Cristo, tiene que ser santo. "El Sacerdocio que tengo es el de Cristo, por *mí* participado, y 'éste es santo'. Haga lo que yo haga, el sacerdocio que yo participo es siempre santo...no tengo más remedio; tengo que ser santo. Y una santidad que tiene que ser específica en *mí,* santidad sacerdotal. Santidad a ultranza. y esa que obliga a ser 'como Él' tiene una especial característica: ser como El en el altar: Víctima- Sacerdote­ Hostia".

No podemos limitarnos a fundamentar la obligación de ser santos, sacerdotes santos, en la proximidad física de nuestro contacto con Cristo. Hemos de buscarlo mucho más arriba, o si se quiere, más en lo hondo: en la participación ontológica del mismo ser sacerdotal de Cristo, único, Sumo y Eterno Sacerdote. La visión de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y nuestro ser presencia sacramental de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote está en la base la santidad sacerdotal.

No podemos vivir nuestro sacerdocio, ni hablar del sacerdocio ministerial o sacramental, como de algo añadido a la propia existencia: al contrario, sino como algo que configura enteramente y que identifica la persona del sacerdote ontológicamente: somos por la imposición de manos, sacerdotes, otro Cristo, presencia sacramental de Cristo Sacerdote.

Podemos decir con toda propiedad que somos: ¡solo sacerdote, siempre sacerdote y en todo sacerdote!". El ser no lo cambiamos, y el actuar conforme a lo que somos no debería desviarse. El sacerdote "otro Cristo" por la participación ontológica-sacramental en su Sacerdocio, tiene que ser "otro Cristo" en la vivencia "como Él" de ese ser sacerdotal.

Al abordar la realidad, indudablemente compleja, de la vida del sacerdote en nuestro mundo de hoy, se está recurriendo hasta la saciedad, al estudio sociológico del ambiente en que se mueve, al análisis de los factores culturales que sobre él influyen; a la prospección psicológica de sus instintos y reacciones primarias; pero, digámoslo con valentía y evangélica sinceridad, no se está teniendo en cuenta el alcance cristológico de esa problemática y la irreductible urgencia de que toda forma de existencia sacerdotal ha de tener un contenido profundo, nítido, vibrante y no adulterado: Cristo conocido, Cristo vivido, Cristo comunicado. Sólo así, la definición de 'Sacerdos alter Christus' será exacta al abarcar los dos extremos: otros Cristos por la ordenación sacerdotal con todo su ser y poderes, y otros Cristos por la imitación de sus virtudes sacerdotales. Ser, ¡como Él!, ¡como Cristo!.

La dignidad sacerdotal, que es un ser con todas sus consecuencias de poderes ministeriales, también tiene sus exigencias sagradas, de santidad. No podemos ser contradicción ante Dios, ante la Iglesia y ante nuestra conciencia. Ser otros Cristos, ser como Él por nuestro ser sacerdotal nuestros poderes ministeriales -bautizo yo, bautiza Cristo; absuelvo yo, perdona Cristo- está exigiendo una santidad de altura cual corresponde a la dignidad. Por encima de los laicos decía el viejo Código de Derecho Canónico. Y esa santidad que por amor nos hace semejantes a Él (como Él obedientes, como Él humildes, como Él caritativos, etcétera), reclama una victimación exigida por una sana y santa ascética sacerdotal".

"¡Ay de mí si no evangelizare!".¡Ay de mí sino soy santo!. Anverso y reverso de una misma realidad sacerdotal. O mejor aún, santidad que evangeliza, evangelización que es santidad. Una y otra inseparables. Por eso en estos tiempos tan duros santidad sacerdotal, más que nunca. No para hacer, sino para ser. Ser santo evangeliza, ser santo es vivir la misma vida de Cristo, primero y supremo evangelizador y evangelio.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos aspirantes al sacerdocio: "Hay que ser santos. Grandes santos. Pronto santos. Ser santos, porque Dios lo quiere. Grandes santos porque así lo exige la dignidad sacerdotal y cristiana. y pronto santos, vosotros seminaristas, aspirantes al sacerdocio, porque debiendo serlo al ser sacerdotes, es poco el tiempo que os falta"."Si no soy santo, ¿para qué ser sacerdote? Y si ya soy sacerdote, ¿por qué no soy santo?". "Ved vuestra vocación… Esta vocación os exige que seáis santos. Con menos no cumplís". Con menos no podemos contentarnos. Este es el futuro. "Solución de todo: Cristo -Evangelio-Sacerdote-Santo.. Este es el camino. Esta es la solución". Sin la santidad sacerdotal, todo se viene abajo.

Y, por último, como dijo el Papa San Juan Pablo IIen una de sus cartas sacerdotales, que firmó en Jerusalén en el lugar, según la tradición, de la Ultima Cena y de la institución del sacerdocio: "Permanezcamos fieles a esta 'entrega' del Cenáculo. Celebremos siempre con fervor la Santa Eucaristía. Postrémonos con frecuencia y prolongadamente en adoración delante de Cristo Eucaristía. Entremos, de algún modo, en la 'escuela' de la Eucaristía. Muchos sacerdotes, a través de los siglos <<nuestro San Juan de Ribera, o San Juan de Ávila, o San Juan María Vianney>> han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía para confirmar la propia elección de fidelidad. El testimonio que daremos al pueblo de *Dios* en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía.

Hermanos sacerdotes, al celebrar esta *mi* primera ordenación sacerdotal como Arzobispo de Valencia con vosotros, os invito a que ¡volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía!. Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca gracias a nuestro trabajo apostólico el amor a Cristo presente en la Eucaristía, el gran valor de la adoración eucarística; que hagamos, entre todos -cuento con vosotros- de Valencia una *diócesis* verdaderamente eucarística como la querían San Juan de Ribera, o el Beato cardenal Ciriaco Sancha, o el venerable D. José María García Lahiguera, (que impulsemos la adoración perpetua, en las grandes ciudades al menos), porque así lo exige, además, el gran regalo de la inestimable reliquia del santo cáliz de la Última Cena. Así será una Iglesia de los pobres y para los pobres, henchida de caridad y misericordia para con los más necesitados, verdaderamente evangelizadora, testigo y artífice de unidad, de una nueva civilización del amor, de la paz y de la esperanza.

Como la Virgen María, Madre de *Dios* y Madre de los Desamparados, cantemos siempre, y especialmente hoy en esta Eucaristía, nuestro *Magnificat* por la infinita misericordia que *Dios* ha desplegado sobre nosotros y en favor nuestro y, al mismo tiempo, pidamos su auxilio, para que Él, para quien nada le es imposible, nos ayude a mantener siempre *vivo* el don que ha puesto en nosotros, sacerdotes. Acudimos también a la poderosa intercesión de Santa maría, siempre Virgen, y de los santos y santas valencianas a quienes invocaremos después en la Letanía de los santos. Que ellos, queridos ordenandos, os ayuden en el ministerio de pastores que la Iglesia, por *mi* persona, os va a encomendar como ministros y dispensadores de sus misterios, en el que os aseguro por *mi* parte, *mi* agradecimiento, *mi* cercanía total y *mi* plegaria.

+ Antonio Cañizares Llovera

Arzobispo de Valencia